

La CIA y Castillo Armas en Guatemala, 1954: nuevos indicios para una antigua interrogante*

Frederick W. Marks, III**

Pocos episodios en la historia de la administración de Eisenhower han generado mayor controversia o han atraído una artillería más intensa de parte de los cronistas académicos del pasado que la intervención estadounidense en Guatemala. El secretario de Estado, John Foster Dulles, dijo que “la fuerza militar no debería emplearse agresivamente para conseguir metas nacionales”. Sin embargo, durante su periodo en Foggy Bottom, los aviones y los asesores estadounidenses ayudaron a asegurar el derrocamiento de un presidente electo popularmente, Jacobo Árbenz Guzmán. Árbenz, por su parte, exigía que se viera a la política estadounidense como la mano del gato de la avaricia de las corporaciones y atribuyó gran parte de los problemas de su país a la United Fruit Company (UFC), a la vez que sostenía que el comunismo no significaba amenaza alguna para su pueblo y que la ayuda estadounidense al dirigente rebelde Carlos Castillo Armas constituía una injustificable intervención en los asuntos internos de otro país. En esencia, Árbenz sostenía que el movimiento revolucionario que lo derrocó había sido “Hecho en Estados Unidos” por la Agencia Central de Inteligencia (CIA) y que era inocuo el respaldo de las masas guatemaltecas a ese movimiento. Árbenz minimizó asimismo la fuerza militar de la oposición, haciendo que la caída de su gobierno pareciera explicable exclusivamente en términos de una

astuta propaganda emitida desde estaciones de radio clandestinas en conjunción con una campaña de bombardeo aéreo, todo eso orquestado desde Washington. Ésta ha sido la posición que desde entonces han asumido sus amigos, y es la que han destacado de manera prominente las monografías académicas.¹

La tesis resulta encantadora por su simplicidad, pero un examen cuidadoso de todas las circunstancias que concurren en este episodio introduce una nota de ambigüedad. De hecho, este relato tiene otro flanco que nunca ha sido desarrollado del todo. Parte la han contado los propios guatemaltecos en su propio idioma, a partir de fuentes que no siempre están en las bibliotecas especializadas de Estados Unidos, pero las otras partes de este relato hay que reunir las de los informes publicados en la prensa contemporánea al norte y al sur del río Bravo. Sin embargo, al verlo en conjunto se añade una dimensión considerable a nuestra comprensión de los protagonistas y se arroja una luz adicional sobre el aspecto moral subyacente.

Según los historiadores revisionistas, cuya teoría ha ganado una gran aceptación, Castillo Armas ingresó al territorio guatemalteco proveniente de Honduras el 18 de junio de 1954 con una “chusma” de 200 hombres. Ocupó entonces la ciudad guatemalteca de Esquipulas, que es un asentamiento católico ubicado tan sólo a seis millas de la frontera, y allí se quedó en lo que la

CIA realizaba su trabajo, exagerando la fuerza del Ejército de Liberación, acreditándole victorias ficticias, bombardeando una gran variedad de blancos y sugiriendo la pavorosa posibilidad de una intervención armada por parte de Estados Unidos. En otras palabras, a Árbenz lo “desquició” la estratagema de la CIA; perdió la calma y renunció sin oponer resistencia. Stephen Schlesinger y Stephen Kinzer, en su versión, se refieren a una “polvosa colección de ‘exiliados’” que se “desparramaron” en Esquipulas, y ellos describen a las fuerzas insurgentes como “minúsculas” y “pobres” —la palabra aparece en dos ocasiones—. El profesor Richard Immerman emplea los términos “variopintas”, “andrajosas” y “desgreñadas”. Al caracterizar la intervención como “subrogada”, afirma que Castillo Armas no halló “resistencia alguna” al cruzar la frontera, que no fue a ninguna parte y que “no se encontró con nadie”. Stephen Ambrose y Stephen Rabe, quienes han escrito amplios relatos sobre la liberación, al igual que Immerman se concentran casi exclusivamente en la farsa psicológica y ni Rabe ni Immerman mencionan una sola batalla.²

La fuerza inicial de Castillo Armas era ciertamente pequeña —unos 200 enfrentados a un Goliath gubernamental de unos 5,000— pero sí estaba muy bien entrenada y traía buen equipo de sobra. Su arsenal incluía 22,000 cohetes, 45,000 rifles, 400 morteros y piezas de artillería pesada. Sus elementos entrenaron entre uno y dos años en Honduras, El Salvador y en otros países, con la ayuda de asesores militares estadounidenses, así que no se trataba de una chusma ni su comandante era un soldado cualquiera. Castillo Armas se graduó en la Escuela Politécnica, el West Point de Guatemala, y fue parte de las fuerzas de élite del ejército de Estados Unidos y de su escuela de oficiales en Fort Leavenworth, antes de volver a casa para dirigir la Escuela y encabezar la Cuarta Zona Militar. Al igual que Árbenz, él había dirigido un previo intento de golpe de estado.³

En cuestión de días, el número de sus tropas se elevó dramáticamente entre los 1,000 y 5,000, según la versión que se lea y según si ella incluye a todos los antiarbenzistas o bien sólo a

la lista de los combatientes. Las versiones oficiales, que colocaron conservadoramente su número entre los 1,000 y los 2,000, sólo incluyen a las tropas entrenadas para la batalla. Pero resulta claro que conforme Castillo Armas avanzaba, sus filas crecían gracias a un flujo masivo de rancheros, campesinos y otros simpatizantes, los cuales en conjunto plantearon una seria amenaza al ejército regular. Ocho turistas estadounidenses dijeron que los contingentes rebeldes traían “a las carreras” a las tropas del gobierno, y un reportero, estadounidense también, dijo haber visto a unos 400 heridos regresar en camiones a la ciudad de Guatemala para ser atendidos. Aun antes de que Castillo Armas entrara a Guatemala, las bandas de guerrilleros que operaban bajo su mando asaltaban trenes y volaban puentes, desprendían las vías y cortaban los cables del telégrafo y del teléfono.⁴

Más aún, en lugar de quedarse únicamente en Esquipulas, una ciudad de buen tamaño para el promedio en Guatemala y el santuario religioso más reverenciado en toda Centroamérica, los rebeldes invadieron tres locaciones distintas en el perímetro para atacar una serie de puntos de choque a lo largo de la yugular del país, la arteria ferroviaria que corre de oriente a poniente: de Puerto Barrios, en la costa, a la capital.⁵

El avance militar estaba condenado a realizarse con tortuosa lentitud debido a los accidentes del terreno. Algunos comentaristas se sorprenden por las pocas millas que realizaba Castillo Armas y por lo cerca de la frontera que estuvo. Sin embargo, él se limitó a unos cuantos caminos primitivos que serpenteaban el campo montañoso, escarpado y fácil de defender por las fuerzas militares. Más aún, los blancos militares más apreciados en Guatemala estaban a unas 30 millas de la frontera; el primero de ellos y por mucho el más importante era Zacapa, pues controlaba dos grandes líneas férreas, la ruta de oriente a poniente ya referida y la única ruta de acceso del país a El Salvador. Allí, también, estaba la mayor base militar fuera de la ciudad de Guatemala y la llave para ingresar a la ciudad misma, pues controlaba casi todo su comercio. La siguiente en impor-

tancia, y a unas 15 millas de distancia hacia el sur de Zacapa a través de las montañas, era Chiquimula, capital de una provincia de 25,000 habitantes que dominaba el entronque ferroviario con El Salvador. Blancos secundarios fueron Gualán y Puerto Barrios, por su ubicación en el sector oriental del ferrocarril y por ser su tramo final. Pero todo esto se redujo a quién controlaba Chiquimula y Zacapa.⁶

Castillo Armas presionó incansablemente en la toma de Chiquimula durante nueve días de sangre y acero. Las intermediaciones de Vado Hondo, en donde se reunieron las unidades del Movimiento de Liberación provenientes del sur y del oriente, estaban fuertemente fortificadas por las tropas del gobierno junto con los grupos comunistas independientes. Para Castillo Armas, la toma de Chiquimula era imperativa y sus soldados lo dieron todo. Durante siete horas de ataques y contrataques, las columnas insurgentes que sumaban entre 500 y 1,500 hombres se unieron para enfrentar la artillería pesada, los morteros y los nidos de ametralladoras. Antes de derrotar la principal posición del gobierno, fue necesario tomar dos de las colinas inmediatas en una formación que involucró a unos 450 hombres. Mientras tanto, Árbenz, consciente de la importancia de Vado Hondo para la defensa de Chiquimula, e indirectamente de la de Zacapa, reaccionó con energía apoyándola con 300 soldados de infantería frescos. Pero la causa rebelde triunfó y Castillo Armas avanzó en tres columnas en contra de blancos muy separados ya en Chiquimula. Las fuerzas de defensa, estimadas entre los 1,000 y 2,000, más 55 francotiradores, desplegaron morteros y cañones, pero en vano. El comandante de un batallón de artillería de las fuerzas leales huyó y los soldados del gobierno se dispararon entre sí en la mayor confusión antes de retroceder hasta Zacapa. Los rebeldes, en número de 600, tomaron la plaza, y Chiquimula, con su fabuloso arsenal de armas, cayó en sus manos con un costo estimado entre las 1,700 y las 2,000 vidas —contándose las bajas en ambos lados—. Se formó un gobierno provisional y desde Chiquimula, Castillo Armas expidió formal orden de arresto en contra de Árbenz. De manera incref-

ble, los elementos del Ejército de Liberación llegaron incluso a ocupar el estratégico paso de la montaña, La Vuelta del Tuño, que domina la llegada a Zacapa.⁷

Anticipando la rendición de la misma Zacapa, los antigobiernistas se levantaron en sangrienta lucha de puerta en puerta. Árbenz, tras asumir personalmente la dirección del ejército, envió otros 500 soldados de infantería de la capital para incrementar una fuerza entre los 1,000 y los 2,000 encargada de aplacar el levantamiento, en lo que la artillería aérea de Castillo Armas rociaba docenas de bombas de 100 libras y reducía a añicos el fuerte y las barracas militares. Nos podemos hacer una idea del daño resultante por el hecho de que a unos días de la rendición de Árbenz, un equipo de la Cruz Roja y una organización de ayuda particular enviaron más de 106,000 libras de provisiones de emergencia. Más aún, hasta cuando las fuerzas de Castillo Armas golpeaban por aire a Zacapa, él se preparaba para finiquitar el trabajo con un asalto montado por una fuerza de élite compuesta por 1,000 elementos que avanzaban simultáneamente en tres grupos. Al mismo tiempo, temiendo un ataque en su flanco occidental, separó entre 150 y 200 elementos para tomar Jalapa, el único punto fuerte entre Chiquimula y la ciudad de Guatemala. De hecho, la lucha por Jalapa se realizaba con gran vigor cuando el 27 de junio llegaron las noticias de la rendición del cuartel gubernamental de 2,000 hombres en Zacapa.⁸ Para todo fin práctico, la guerra había terminado.

Una de las interrogantes más grandes es por qué desertaron algunos de los pilotos de Árbenz y por qué algunos de sus aviones nunca despegaron. Pero según Virgilio Pacheco, comandante del Segundo Regimiento de Voluntarios de los liberadores, la explicación es sencilla: los aviones del gobierno fueron saboteados en tierra y les quitaron sus partes vitales por órdenes del administrador del aeropuerto, pariente, por cierto, del coronel Miguel Mendoza, uno de los estrategas militares de Castillo Armas.⁹ Esto ayudaría, de ser cierto, a explicar por qué el Movimiento de Liberación tuvo tan buen apoyo aéreo. Sus aviones, incluidas dos pequeñas avio-

netas Cessna, realizaron 50 operaciones de descarga en diversas áreas del país, con el fin de avituallar constantemente a la guerrilla con armas y explosivos. También realizaron algunos bombardeos y lograron perforar un buen número de tanques de almacenamiento de gasolina, junto con un barco británico, y hubo ataques aéreos en las capitales provinciales de Cobán y Retalhuleu. En la propia capital, el palacio de Árbenz, junto con el Fuerte Matamoros y la base aérea La Aurora, estuvieron sujetos a bombardeos y ametrallamientos aéreos. Uno de los aviones de Árbenz fue derribado y, en tierra, un bombardero resultó destruido.¹⁰

Es importante señalar que el puñado de aviones de guerra de Castillo Armas hizo poco daño al sector civil, pese a la propaganda gubernamental. Los apologistas de Árbenz, como el ministro de Relaciones Exteriores, Guillermo Toriello Garrido, exageraban deliberadamente las dimensiones del daño cuando sostenían que Chiquimula había sido devastada por las bombas. De hecho, la única bomba que tuvo un impacto significativo fuera del área de las instalaciones militares cayó enfrente de las barracas militares. No se demolió una sola casa o granja. Como es típico, los funcionarios del gobierno reportaron que una bomba había matado a una niña de dos años, cuando, como se supo, sólo había resultado ligeramente herida.¹¹

Uno tiene que buscar en otra parte una explicación convincente al porqué de la renuncia de Árbenz. Los aviones que Eisenhower envió pudieron ayudar, pero no ganaron la guerra. Napoleón dijo alguna vez que la moral representa el 75 por ciento de lo que hace falta para triunfar en el campo de batalla. La pregunta obvia, entonces, es qué tan popular era Árbenz en 1954 y, por añadidura, con cuánta decisión se entregaron sus soldados a la causa que defendían. Es claro que el relato del derrocamiento de Árbenz es multifacético, aunque en la literatura contemporánea ello no aparezca. Sorprende, por citar un ejemplo, que no se haya hecho más por investigar el papel de la Iglesia católica. Los relatos revisionistas tratan a la Iglesia como algo irrelevante o en el mejor de los casos como un arma de la CIA reclutada para es-

parcir propaganda estadounidense. Pero aun sin examinar los archivos de la Iglesia, la mayoría concedería que era una institución próspera y Guatemala un país profundamente religioso. Sigue siéndolo, y la Iglesia tiene un significativo arrastre popular. Los dirigentes católicos temían de tiempo atrás al comunismo. Podían leerse consignas en los muros y de muy distintas formas vocearon su oposición a las tendencias en las políticas gubernamentales. El arzobispo Mariano Rossell y Arellano advirtió desde 1946 que el comunismo estaba en el umbral de la victoria. Más adelante, arriesgó la vida al atravesar el país para alertar a la gente de ese peligro creciente, portando en sus manos una réplica del Cristo negro de Esquipulas. Siguiéron cartas pastorales, una de ellas fechada el 9 de abril de 1954, en las que se urgía a los ciudadanos a levantarse unánimemente en contra de una amenaza sin precedente y mortal para su libertad y su bienestar espiritual.¹²

Uno también se pregunta por qué no se ha investigado más sobre el papel político de los universitarios. Una valiosa tesis doctoral de 1969 sobre este tema aún no aparece en las bibliografías. Los revisionistas enfatizan el papel de los estudiantes en el derrocamiento de Ubico, el antiguo dictador, pero callan lo que estos mismos estudiantes hicieron por desacreditar a Árbenz y a su predecesor Arévalo. El hombre que probablemente habría sido electo en 1950 en lugar de Árbenz, de no haber sido asesinado un año antes, era el popular jefe del ejército anticomunista, el coronel Francisco Javier Arana. Su chofer evitó una emboscada automovilística e identificó a varios de los asaltantes como los pistoleros de Árbenz, y al carro de los asesinos como el de la señora Árbenz. Pero el presidente Arévalo no hizo virtualmente nada por hacer comparecer a estos hombres frente a la justicia. La asociación no política de estudiantes universitarios, la AEU, estaba tan irritada que se sumó a las manifestaciones que por poco derrocan al gobierno cuando la policía abrió fuego y asesinó a un estudiante de medicina. La AEU participó también con las facultades de la universidad en una serie de huelgas que afectaron a los hospitales, las escuelas y las

cortes, en donde los estudiantes ocupaban cargos vitales. Más adelante, cuando la suprema corte guatemalteca revocó la ley de reforma agraria y el Congreso respondió con la remoción de cuatro de los cinco jueces, la AEU se manifestó enfrente del Palacio Nacional, en donde se prendió fuego a un ejemplar de la Constitución. Los principales periódicos, como *El Imparcial* y *La Prensa*, ovacionaron a los estudiantes. En 1954, al reanudar Árbenz los arrestos masivos, los golpes, las curas de agua y otras formas de tortura e intimidación, el sentimiento estudiantil había vuelto a alcanzar el punto de ebullición. Dos años antes, al oírse los primeros informes de esta actividad, la AEU exhortó a la Suprema Corte para que hiciera comparecer al ministro del interior y al jefe de la policía.¹³ Pero esto casi se perdió para la posteridad. Los historiadores han abordado en detalle el uso de la tortura por parte de Ubico para derrotar a sus oponentes políticos antes de la revolución de 1944. Pero la marca de Árbenz, que bien puede eclipsar a la de Ubico en este sentido, pasa inadvertida aun cuando de uno y otro lado hay evidencias abundantes.¹⁴

Resulta curioso que no se haya intentado más de una vez documentar las diversas formas por las cuales el presidente Árbenz remendó la administración de la reforma agraria. El mandato 900 estaba muy vagamente fraseado en cuanto a qué tierras estarían sujetas a la expropiación, y no podían someterse apelaciones a la judicatura, sólo al mismo presidente. Los terratenientes, por su parte, no tenían representación en los tribunales, y aunque los funcionarios del gobierno tenían un sitio como jueces junto a los representantes de las clases campesinas y trabajadoras, los primeros tenían instrucciones de apoyar a los segundos en cualquier situación relacionada con la tierra o con el trabajo. En un país acostumbrado a la reforma gradual y la abundante cinta roja, el ritmo del cambio parecía casi ilegal aun cuando condujera a errores organizativos. La tierra que en una ocasión fuera tomada de un poblado de 2,500 era distribuida entre seis campesinos. Otras veces, el terrateniente descubría que en lugar de tener que ceder un paquete completo, perdía

frangas aisladas y dejaba desconectadas otras porciones del resto de la propiedad. Además, entre diciembre de 1953 y abril de 1954 se tomaron ilegalmente docenas de granjas de particulares. Según una versión, la tierra se concedía en ocasiones como premio a personas sin ningún interés o conocimientos agrícolas, quienes a su vez la vendían y despilfarraban lo obtenido; en otros casos, la tierra se distribuyó desproporcionadamente entre la gente de Árbenz. Mientras tanto, el hombre común y corriente tenía problemas para distinguir entre reforma agraria y hurto descarado; el grado de corrupción en los círculos gubernamentales se volvió cada vez más claro al darse a conocer los escándalos a finales de 1953 y principios de 1954; y la situación económica del país en general siguió deteriorándose. He aquí, una vez más, un tema que requiere mayor atención si hemos de llegar a una imagen equilibrada de la caída de Árbenz.¹⁵

El papel de los países vecinos como abastecedores de armas para Castillo Armas y como intermediarios bancarios de su operación es otro asunto que aún no ha recibido la atención que merece, considerando el hecho de que buena parte del apoyo exterior que recibieron las fuerzas rebeldes provino de los dirigentes de los países de Centroamérica, del Caribe y del perímetro caribeño que, al igual que Washington —o tal vez más—, temían al comunismo. En el momento en que Eisenhower actuó en contra de Árbenz, los cuatro vecinos centroamericanos de Guatemala (Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica) ya habían solicitado al Departamento de Estado que acabara con el rearme de Guatemala. Un grupo de embajadores latinoamericanos llamaron igualmente al subsecretario Smith para pedirle que Estados Unidos enviara armas a los dirigentes rebeldes a través de Somoza en Nicaragua. Llegaron a los insurgentes grandes cantidades de dinero y armas provenientes de Somoza, de Trujillo en la República Dominicana y de Pérez Jiménez en Venezuela, todos ellos dictadores de derecha con un historial ofensivo, pero no menos agraviados en este aspecto cuando se enfrentaron a que Guatemala intentaba interferir en los asun-

tos internos de ellos. Trujillo, a quien molestó especialmente la política de Árbenz de albergar grupos de guerrilleros que se preparaban para invadir la República Dominicana, contribuyó con abundantes sumas de dinero y armas, estimadas entre 60 y 150,000 dólares. Árbenz estaba aislado en más de un sentido.¹⁶

Se podría hacer más para confirmar los hechos del fraude electoral en las elecciones de 1950 y 1952. Árbenz, según sus amigos, fue “electo popularmente”, pero derrotó a su principal oponente, Miguel Ydígoras Fuentes, no sin antes prohibir las manifestaciones de este último, llenar las urnas y hacer marchar *en masse* a los campesinos a las urnas para votar con consigna. En 1952, a pesar del acarreo del gobierno, las elecciones resultaron tan parejas que se convirtieron en un virtual repudio a Árbenz, ciertamente con los parámetros guatemaltecos. Los 130,000 votos en favor de Árbenz se convirtieron en 29 escaños en el Congreso, mientras que los 105,000 votos restantes significaron solamente tres escaños, y tras la elección vinieron arrestos y asesinatos al mayoreo. Uno de los perdedores, el coronel Mendoza, fue la misma persona que peleó lado a lado con Castillo Armas.¹⁷

Por último, se podría hacer mucho más por destacar la posición de los dirigentes comunistas en la Guatemala de Árbenz. Liberales y conservadores acordaron por igual hacia 1953 que el comunismo constituía una verdadera amenaza. Y como ya vimos, Adolf Berle, dirigente del Partido Liberal de Nueva York y ex asesor de FDR sobre asuntos centroamericanos, coincidió con Eisenhower quien, en un viaje por la zona para recabar información, encontró a Guatemala en la primera etapa de una toma de posesión por parte de los radicales, pues había sucumbido a la infiltración soviética. En 1953, el *New York Times* se refirió a Árbenz como “compañero de ruta”. Pero ni Berle ni Eisenhower ni el *New York Times* parecen haberse dado cuenta de qué tan fuerte se había vuelto esa influencia.¹⁸

Aunque en el gabinete de Árbenz no había comunistas, no era un gabinete con poder efectivo como el que tenían los dirigentes de los

grupos militares y civiles que fueron clave y, sobre todo, como el poder que tenía el propio Árbenz. El presidente, cuya campaña había sido manejada por José Manuel Fortuny, el fundador del Partido Comunista guatemalteco, tenía a su lado a una esposa llena de energía y políticamente activa que se volvió una ferviente y abierta procomunista después de estudiar en Estados Unidos. Más aún, el mismo Partido Comunista, empleando técnicas del Frente Popular, se alió al Partido del Trabajo para obtener 51 de los 56 escaños del Congreso. Para abril de 1954, cuatro de los diez delegados de los partidos que asesoraban a Árbenz sobre política nacional eran comunistas, y aunque en la legislatura sólo había tres comunistas declarados, ellos encabezaban comisiones cruciales. Además, la Federación del Trabajo estaba dirigida por un comunista, Víctor Manuel Gutiérrez, igual que el Orfanato Nacional. Cuando Ubico renunció en 1944, Arévalo reclutó a la comunista Virginia Bravo Letelier, quien formó el sindicato de maestros junto con Gutiérrez. A partir de ahí, con los sindicatos bajo el control comunista, fue cada vez más difícil ser electo o dar clases sin adherirse estrictamente a la línea del partido. Bravo Letelier, quien voló a Berlín Oriental tras la revuelta de 1954 para meterse en la propaganda de Europa Oriental, fue secretaria de Árbenz, al igual que otra comunista, Matilde Elena López.¹⁹

Los comunistas o los simpatizantes comunistas se apropiaron en poco tiempo de la Secretaría de Educación, de la administración de la Seguridad Social y del programa de la reforma agraria, por no mencionar la prensa y radio oficiales, que se hicieron eco de la voz de Moscú sobre los acontecimientos del mundo. Para marzo de 1954, la hoz y el martillo habían empezado a aparecer en oficinas del gobierno y se expulsó a los corresponsales de Reuters y del *New York Times*. Los dirigentes religiosos recibían amenazas de muerte por correo. Se prohibieron las procesiones religiosas. Al mismo tiempo, empezó a llegar al país tal cantidad de armas provenientes del bloque soviético que ello sugiere el intento de abastecer a los movimientos guerrilleros más allá de la frontera; se capturaron do-

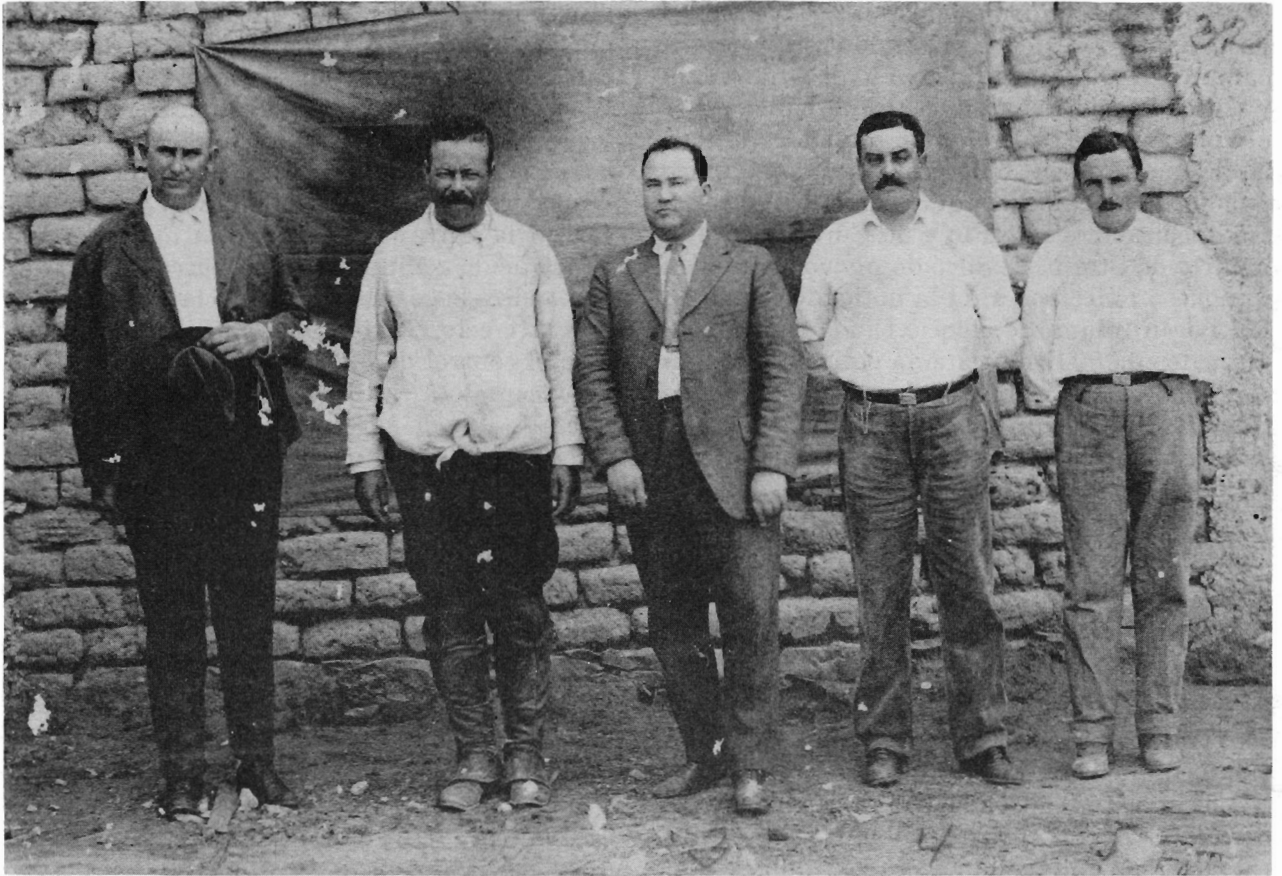
cumentos que confirmaban los planes de Moscú para apoderarse de toda la región centroamericana. El vínculo entre la ciudad de Guatemala y Moscú no podía ser más estrecho, a juzgar por el volumen del tráfico entre ambas capitales. Guatemala, desde luego, había sido el único país en Latinoamérica que se había opuesto a las declaraciones de Río y de Caracas, y, a la muerte de Stalin, destacó de nuevo cuando su Congreso reaccionó ante la noticia votando en favor de un minuto de silencio. Ciudadanos en número de 80,000 firmaron una petición para hacer que Árbenz aplicara el artículo 32 de la Constitución que prohibía los partidos con aliados extranjeros —por ejemplo, el Partido Comunista— y el número “32” empezó a verse por todas partes.²⁰

Éste representa también un aspecto del aislamiento de Árbenz y debe tenerse como factor para explicar la victoria de 200 sobre 5,000. Castillo Armas capitalizó el extendido temor al comunismo al emprender una astuta campaña de relaciones públicas que involucró a numerosos comités, publicaciones y periodos de intensidad cuidadosamente graduados, por no mencionar una amplia variedad de actividades en el nivel internacional. Una tonelada de literatura, junto con ametralladoras desarmables, fueron metidas de contrabando en Guatemala bajo el disfraz de envíos de carbón y naranjas.²¹

También vale la pena tomar en consideración la opinión de los observadores británicos. En ningún momento enamorados de la idea de la hegemonía hemisférica de los estadounidenses, sus intereses económicos, exclusivamente, dictaban una línea independiente; de hecho, los británicos habrían apoyado a Árbenz en las Naciones Unidas si Dulles no hubiera cabildeado tan vigorosamente contra ello. Aunque no querían particularmente a Árbenz, éste no insistió con la misma beligerancia de otros dirigentes guatemaltecos anteriores a él acerca de las pretensiones guatemaltecas sobre Belice, y ellos no creían que una Guatemala comunista amenazara directamente a Washington. Algunos decían que consideraban como un punto discutible que el país fuera a volverse comunista. Sin embargo, los británicos reconocieron —y éste es

el enigma del asunto— que Árbenz permitía que los comunistas dominaran y transformaran a su país. Ellos conjeturaban también que Washington tendría que involucrarse para sofocar las tácticas del Frente Unido y prevenir la propagación del comunismo por todas partes —sus propias tropas acababan de desembarcar en la Guyana Británica para frenar una penetración comunista semejante—. El *Times* de Londres llegó más adelante a la conclusión de que, en efecto, Guatemala había llegado a estar bajo el control de los comunistas en 1954 con una “completa” infiltración respaldada por el Kremlin. Puede agregarse que funcionarios de otros países latinoamericanos, como Uruguay y Colombia, estuvieron de acuerdo con los ingleses en el asunto de la penetración comunista, aunque por motivos políticos su tendencia fue guardar silencio. Betancourt, en Venezuela, consideraba a Árbenz corrupto y de tendencia comunista, en tanto que los dirigentes argentinos pensaron seriamente en la posibilidad de establecer un comité especial anticomunista dentro de la OEA.²²

En conclusión, por distintas razones el Ejército de Liberación emergió victorioso, muchas de las cuales han sido poco atendidas. Es cierto que Castillo Armas obtuvo mucho de Estados Unidos bajo la forma de zapatos, comida, armas, aviones y asesoría militar. Los estadounidenses tuvieron que ver en su conocimiento del terreno y en las comunicaciones de radio, y la United Fruit contribuyó generosamente. No es ningún secreto que se emplearon mercenarios, aunque no tantos como sostenían los apologistas de Árbenz. Pero todo lo anterior debe enfrentarse a la ayuda soviética, la cual constituyó un factor, y si hay un solo hecho que destaca claramente es que el Movimiento de Liberación sacó su principal fuerza del financiamiento y de la fuerza humana locales. Los diplomáticos canadienses, quienes en su correspondencia privada no fueron nada condescendientes con Washington, llegaron a la conclusión de que Castillo Armas fraguó su propia victoria con “la ayuda, el apoyo y el dinero del pueblo guatemalteco”. Richard Allen, enviado británico en Guatemala, observó igualmente que “los fondos para la



rebelión fueron casi todos provistos por guatemaltecos acaudalados [...]. No hay pruebas de que los insurgentes recibieran importante ayuda material de Estados Unidos, fuera de unos cuantos aviones y algunas armas". Allen añadió que la profundidad y amplitud de la "oposición potencial al régimen" la reveló "el que todas las clases guatemaltecas escuchaban atentamente" la clandestina estación de radio antigobiernista.²³

Nada de esto debería ser sorprendente. El Movimiento de Liberación de Castillo Armas se formó desde el asesinato de Arana y para 1953 se encontraba firmemente enraizado en asuntos morales, lo cual nos lleva de regreso al asunto del aislamiento de Árbenz. Ya en 1952, Berle había señalado que se estaba cocinando una revolución de algún tipo. Docenas de intentos de golpes de estado y toda una variedad de manifestaciones populares indicaban el nivel del descontento popular. La ciudad de Guatemala estaba particularmente desencantada. En 1951, cuando el comunista español exiliado Gabriel Alvarado, dirigente del Orfanato Nacional, intentó remplazar a las monjas que daban clases en su institución por miembros del sindicato de maestros (STEG), dominado por comunistas, enardecidas mujeres del mercado se dejaron ir contra la escuela y la violencia alcanzó tal nivel que ciertos funcionarios del gobierno pararon en el hospital para alguna "revisión", mientras que Fortuny pasó una noche en la embajada de Colombia. Una manifestación frente al Palacio Nacional hizo que la policía de Árbenz abriera fuego y asesinara a más de una docena e hiriera a un número muchas veces mayor. El Comité Cívico Nacional se fundó el 23 de agosto, en parte como respuesta a estos incidentes, y dos semanas después se fundó el Comité de los Estudiantes Universitarios Anticomunistas. La ciudad de Guatemala eligió a un alcalde anticomunista y cuando Fortuny contendió por el Congreso fue derrotado. Durante la primavera de 1953, en medio de levantamientos por todo el país, veinte guerrillas intentaron apoderarse de la cercana capital provincial de Salamá, pero fracasaron y dieron paso al reinado de terror de Árbenz. Ahora fue Ydígoras el único político pro-

minente en el exilio que apoyó la liberación. José Luis Arenas reclamó un amplio apoyo para su partido de unificación anticomunista. También estaba ahí el general Ponce, quien había sucedido por un breve periodo a Ubico en 1944 antes de ser derribado por Árbenz y Arana.²⁴

Luego, además, Árbenz alienó a importantes segmentos del ejército al insistir en una desesperada jugada de último momento: que ellos distribuyeran armas entre los grupos civiles de izquierda. Tal movimiento se consideró, desde un punto de vista militar, seguramente como algo subversivo, carente de profesionalismo e injusto. Los coroneles insistieron en una limpieza total de comunistas, y varios días después, al entregar su negativa a armar a la población civil, entregaron también una lista con 20 preguntas sobre el tema del comunismo. Mientras tanto, el propio Árbenz trató de armar al sector civil, y su secretario de Relaciones Exteriores, desesperado, apeló al Consejo de Seguridad de la ONU para que ayudara a desarmar y encarcelar a los rebeldes. Dos días después, los jefes militares pidieron la renuncia de Árbenz, tras lo cual él se refugió en la embajada de México y el jefe militar Díaz se hizo cargo del gobierno.²⁵

Díaz reveló sus propias simpatías con la izquierda al ordenar la liberación de Gutiérrez, medida que indignó a los oficiales más jóvenes, así como al jurar que continuaría la lucha en contra del ejército rebelde y permitir que los manifestantes en contra de Estados Unidos, dirigidos por las cabezas sindicales, salieran a la calle gritando *Go Home, Yanks*. Castillo Armas, en respuesta, se fue sobre la ciudad de Guatemala en los que fueron los ataques aéreos más fuertes de la guerra, y consolidó sus avances por tierra hasta que asumió el poder una nueva junta encabezada por el coronel anticomunista Elfego Monzón y se concedió la amnistía a todos los presos anticomunistas. El embajador estadounidense Peurifoy le advirtió el 28 de junio a Monzón que había que negociar con el Ejército de Liberación, pues había "infringido severo castigo a las tropas del gobierno". Las negociaciones entre la nueva junta de gobierno y Castillo Armas se realizaron por tal motivo en El Salvador hasta llegar a un acuerdo sobre una

nueva junta conformada por cinco hombres, en la cual Castillo Armas aseguró tres de los cinco escaños y la realización de elecciones libres en el futuro inmediato.²⁶ Según Peurifoy, ningún candidato de la oposición habría podido derrotar a Castillo Armas, pues el liberador gozaba de “gran apoyo popular”.²⁷

Tal vez nunca se conozca el valor preciso de la ayuda que prestó Estados Unidos para asegurar el triunfo de la revolución. Por otro lado, Washington se movió para neutralizar la influencia del bloque comunista al obtener la anticomunista Declaración de Caracas en marzo de 1954. También firmó pactos de defensa con Nicaragua y Honduras, embarcó pequeñas cantidades de armas y puso un alto al amplio flujo de municiones y equipo militar proveniente de Europa Oriental. Cuando el *Alfhem*, un carguero sueco, llegó a Guatemala el 15 de mayo y descargó 2,000 toneladas de productos de vidrio y “bienes ópticos” que resultaron ser armas checas por valor de más del 50 por ciento del presupuesto anual para armas de Guatemala, esto pareció superar por mucho las necesidades de protección del país y Dulles denunció el vínculo con Moscú. Más aún, como la OEA no podía reunirse de inmediato, él sugirió que Estados Unidos estableciera una cuarentena naval para impedir que llegaran a su destino otros embarques adicionales. Los funcionarios de Relaciones Exteriores expresaron su inmediata objeción a lo que ellos percibían como injustificable alejamiento de la tradicional política estadounidense en relación con la libertad de los mares. Sin embargo, en Hamburgo se detuvieron seis toneladas de cohetes antiaéreos que se dirigían a Guatemala vía Suiza, y Eisenhower, más ansioso que su secretario de Estado por interceptar las armas lejos de la costa de Guatemala, persistió, no obstante la resistencia de Robert Murphy y Henry F. Holland. Antes, cuando John Moors Cabot obstaculizó los planes para ayudar clandestinamente a Castillo Armas, éste fue relevado de su cargo como asistente del secretario de Estado para asuntos interamericanos. Holland, su sucesor, casi fue despedido cuando se opuso a la decisión de sustituir la pérdida de un avión de los rebeldes.

Pero en otro lugar, en la Central Intelligence Agency, Allen Dulles cambió a Birch O’Neil, el jefe de estación de la CIA en Guatemala, tras objetar O’Neil aspectos específicos del plan varias semanas antes de la invasión. Del mismo modo, el embajador estadounidense, Rudolf Schoenfeld, quien era amigo de Árbenz, fue remplazado por Peurifoy.²⁸

Se ha sugerido que la CIA no sólo proveyó a Castillo Armas de aviones y pilotos, financió un bombardeo a través de los medios de comunicación y trató inútilmente de sobornar a Árbenz y a sus funcionarios, sino que también sembró cajas de rifles rusos en Nicaragua para que los “encontrara” la policía nicaragüense. No hay duda de que la Information Agency de Estados Unidos reprodujo y distribuyó 100,000 copias de una *Cronología del comunismo en Guatemala*. Eisenhower sustituyó los dos aviones bombarderos que los rebeldes perdieron en la lucha y las operaciones aéreas figuraron significativamente en la victoria de Castillo Armas. Sin embargo, concluir por lo anterior que el papel de Estados Unidos disminuyó a los demás factores, que el movimiento de liberación carecía de apoyo popular o que Castillo Armas no derrotó a las fuerzas del gobierno en una breve pero amplia serie de encuentros requiere un extraordinario salto de la imaginación. Robert Cutler, el asistente especial de Ike para asuntos de seguridad nacional y director del Consejo Nacional de Seguridad, estuvo más cerca de lo cierto al calificar la ayuda estadounidense como “indirecta” y “muy menor”.²⁹

Es obvio que Peurifoy ayudó a las partes a llegar a un acuerdo final. Otra vez, sin embargo, esto no significa que Castillo Armas no fuese una fuerza que había que reconocer. No hay evidencias, por ejemplo, de que su campaña de bombardeo estuviera controlada por la embajada de Estados Unidos. El 18 de junio, cuando se balacearon las barracas de la guardia de honor, Peurifoy envió un cable a Dulles donde le decía: “Parece que esto es todo.” Una vez más, el 29, el embajador notificó a Holland que la junta estaba “en un ‘columpio’” por el bombardeo continuo de Castillo Armas. Holland estaba ansioso “por enviar gente a este fulano a decirle que tienen

que detener esto". Pero mientras tanto, el ejército no pudo lanzar con paracaídas comida para su tropa sin una orden de Castillo Armas, y es claro que los guerrilleros eran lo suficientemente fuertes como para obligar a renunciar no sólo a Árbenz sino también a sus sucesores, Díaz y Sánchez.³⁰

Hasta desde el punto de vista de la política, Castillo Armas no da la impresión de que fuera particularmente tratable con presión de fuera. Pasándose por alto el consejo estadounidense, arregló la elección de 1954 con una boleta abierta y una sola lista de candidatos —esto en una época en la que no parecía haber necesidad de algo semejante—. Luego no hizo caso al consejo de Dulles de destruir la raíz y las ramificaciones comunistas, y se negó a invadir los santuarios de las embajadas y a encarcelar a Árbenz y a sus simpatizantes de izquierda. A los elementos más articulados se les permitió emigrar o pasar a la clandestinidad. El nuevo presidente parecía entonces una extraña combinación de liberal y reaccionario. Se encargó de privar de sus derechos civiles y de convertir en ilegales a los partidos políticos y a los grupos obreros y campesinos; quemó libros y devolvió la mayor parte de los terrenos que se le quitaron a la UFC. No obstante, aceptó la reforma agraria con modificaciones y conservó un código del trabajo de signo liberal. Aunque no sin corrupción, su régimen tampoco toleró el tipo de soborno político que se había convertido en un modo de vida con Árbenz. Sólo la recesión económica, que apareció al desplomarse los precios del café y tras un severo huracán, amenazó seriamente su popularidad cuando en 1957 fue asesinado por un trastornado miembro de su seguridad, lo que preparó el escenario para la elección de Ydígoras.

Normalmente, aquí habría acabado la historia, pero hay un aspecto más que es parte integral del debate actual. Como Árbenz expropió 225,000 acres a la UFC, valuados por la compañía en 16 millones de dólares, y por los cuales le ofrecían a esta compañía 627,000 dólares, muchos han asumido que la intervención estadounidense fue motivada principalmente por la solicitud de ésta. Árbenz, desde luego, hizo todo lo que pudo por propagar esta idea,

refiriéndose a la UFC como su principal adversario y la causa de la mayoría de sus dificultades.³¹

Ningún estudioso serio del periodo puede negar que existían fuertes vínculos entre la UFC y los miembros de la administración de Eisenhower. El marido de la secretaria particular de Ike, Ann Whitman, era casualmente director de relaciones públicas de la UFC. Cabot, asistente del secretario, tenía un hermano que había sido presidente de la UFC en 1948, y el bufete de Dulles, Sullivan y Cromwell estaba relacionado con la UFC. Además, Henry Cabot Lodge era accionista; el subsecretario Smith se postuló para un cargo ejecutivo en la UFC durante el periodo de planeación de la revolución; y Robert Hill, el embajador de Estados Unidos en Costa Rica durante la revolución, trabajó para la Grace Shipping Lines, que tenía importantes intereses en Guatemala. En 1960, Hill llegó a ser director. También se puede señalar que la UFC donó unos 64,000 dólares en efectivo a la causa de Castillo Armas.³²

Sin embargo, la pregunta que hay que responder es doble. ¿Qué demuestran estos vínculos y en qué sentido fueron únicos? Cabot, como ya se mencionó, se negó a respaldar el plan de la CIA para realizar operaciones clandestinas y fue enviado a Suecia. También es bien sabido que los dirigentes republicanos y los bufetes de las dimensiones del de Sullivan y Cromwell representaban a las compañías estadounidenses más importantes. ¿Qué tanta influencia, se pregunta uno, tuvo el marido de Ann Whitman en las decisiones vitales que afectaron la política exterior de Estados Unidos? Y en cuanto a las amenazas comunistas a otros países del hemisferio antes y después de 1954, ¿fueron de la misma magnitud, con excepción posiblemente de Castro en Cuba y de Allende en Chile, y suscitaban la misma oposición popular?

Uno quisiera saber si el Departamento de Estado de EUA, al presionar por un arbitraje, hizo algo más por la UFC de lo que habría hecho en favor de otras compañías en un aprieto semejante. La UFC, a fin de cuentas, cabildeaba desde que en 1947 ofreció que le incrementaran su tasa fiscal, al mismo tiempo que Árbenz

pretendía que tal oferta nunca se había hecho. Más adelante, Castillo Armas, al llegar al poder, incrementó los impuestos de la compañía en un 30 por ciento. La mayoría de los comentaristas saben que la UFC era inmensamente poderosa en Guatemala. Disponía de unos 40,000 trabajos, manejaba las principales líneas ferroviarias y administraba la única salida del país hacia el Atlántico. Pero su privilegiada condición se le concedió libremente y sus trabajadores, aun cuando fueran empleados por ciclos, en términos generales tenían mejores sueldos que otros en el país, además de mejores condiciones de casa, educación y atención médica. La UFC tampoco estaba aniquilando los recursos naturales de Guatemala. El cultivo del plátano siguió siendo de provecho aun después de que la compañía fue expropiada, pues se cultivó mucha más tierra. Árbenz sostenía que la mayor parte de la tierra expropiada, no estaba ociosa, pero el reverso de la moneda es que el cultivo del plátano agota la tierra y, junto con las tormentas tropicales y el mal de Panamá, requiere la constante apertura de nuevos terrenos.³³

Lo que es sorprendente es que la UFC no pudo florecer una vez que Árbenz dejó la presidencia. Un acuerdo en contra de los trusts impulsado por Eisenhower lesionó las operaciones de la compañía pese a que Castillo Armas recibió ayuda de Estados Unidos para la construcción de una competente línea de ferrocarril. No es que la compañía no tuviera que ver en la decisión de Ike de apoyar al Ejército de Liberación; sería remisa aquella administración de Estados Unidos que no protegiera a una compañía nacional en el extranjero, sobre todo si los suyos son negocios legítimos. Pero en estas circunstancias nada señala que el poder que la UFC tenía en Washington fuera enorme, todo lo cual tiende a confirmar la aseveración de Figueres a propósito de que los ataques de Árbenz a la UFC sólo fueron un pretexto para volverse

más radical. Harry Truman y Adolf Berle animaron a los elementos antiarbenzistas en Guatemala y a ellos nadie los acusó, ni a su partido, de haber sido requeridos por la United Fruit.³⁴

Así, hay varios aspectos esenciales que es bueno tener en mente al abordar a Castillo Armas y su Movimiento de Liberación: el comunismo constituía una amenaza genuina y Árbenz, para el verano de 1954, había agotado la confianza de la mayor parte del pueblo guatemalteco. Podríamos discutir sobre el grado de peligro para la libertad guatemalteca y para la seguridad estadounidense, pero no puede haber discusión sobre la existencia de una cierta amenaza o sobre la seriedad con la que se le examinó entre los artífices de la política en Washington. Tampoco se puede negar la habilidad estratégica y el poder militar representado por Castillo Armas.

Esto no es para negar que la CIA desempeñó un papel determinante y que hizo su trabajo eficientemente en una de las pocas ocasiones en las que logró avizorar un régimen izquierdista considerado en casi todas partes maduro para que los comunistas tomaran el poder. Pero el actual énfasis en las operaciones de la CIA obnubila factores que fueron igual de decisivos e igual de importantes, si no es que más, como en el caso de la paja que quebró el lomo del camello; aquí se necesitaron muchas pajas para hacer ese trabajo y su número no disminuye la importancia de cada una, algunas de las cuales han sido sobrevaloradas. En resumen, no es necesario aceptar la proposición más común según la cual Jacobo Árbenz Guzmán —entrenado en la Escuela Politécnica, quien encabezó un golpe militar y quien sirvió como ministro de Defensa antes de ser presidente, quien tuvo el respaldo de un dedicado grupo de comunistas y quien había gobernado al país durante tres años y sobrevivió varios intentos de golpe de estado— perdió los estribos.

Notas

* Tomado de "The CIA and Castillo Armas in Guatemala, 1954: New Clues to an Old Puzzle", *Diplomatic*

History, vol. 14, núm. 1, 1990. Traducción de Antonio Saborit.

** Quisiera agradecer a quienes ayudaron de manera especial en la realización de este artículo, entre ellos mi esposa Sylvia, quien colaboró conmigo en un viaje de investigación a Guatemala; también a Sandra Verónica Jiménez, jefa de la biblioteca del Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica (Antigua, Guatemala), quien facilitó la localización de fuentes guatemaltecas fundamentales relacionadas con los acontecimientos de junio de 1954. También estoy en deuda con el señor Virgilio Pacheco, comandante en el Segundo Regimiento de Voluntarios de Castillo Armas, por acceder a una extensa entrevista en Esquipulas con la ayuda de un hábil intérprete, Gerardo Louis Simon Wagespack. Ann Hartness, de la Universidad de Texas, hizo más rápida mi consulta de la impresionante colección hemerográfica latinoamericana de la universidad, y un gran número de guatemaltecos tuvo la gentileza de darme sus impresiones sobre el Movimiento de Liberación de 1954. Entre ellos están el hermano Robert Hébert de la Abadía de Jesucristo Crucificado en Esquipulas, el obispo Rodolfo Quezada Toruño, de Zacapa, y el señor Vitalino Gómez, de Chiquimula.

¹ Véanse como ejemplo de monografías que se apegan a la línea de Árbenz: José M. Aybar de Soto, *Dependency and Intervention: The Case of Guatemala in 1954* (Boulder, 1978); Richard Gott, *Guerrilla Movements in Latin America* (Garden City, 1971); Stephen Schlesinger y Stephen Kinzer, *Bitter Fruit: The Untold Story of the American Coup in Guatemala* (Garden City, 1982); Richard H. Immerman, *The CIA in Guatemala: The Foreign Policy of Intervention* (Austin, 1982); y David Atlee Phillips, *The Night Watch* (Nueva York, 1977). Según Schlesinger y Kinzer, Estados Unidos fue el “creador secreto” del movimiento rebelde: los estadounidenses tenían el “control absoluto”. Más aún, los intereses de la United Fruit fueron el factor de equilibrio en la decisión de Eisenhower de intervenir, pues 1) las amenazas comunistas en otros países como Brasil, Chile y Costa Rica no habían provocado la misma reacción, y 2) “las consideraciones sobre la seguridad nacional nunca fueron agobiantes”. Según Immerman, el comunismo no era una amenaza; Estados Unidos “inventó el peligro” y la “mayor preocupación” de la administración de Eisenhower consistía en “hacer avanzar el sistema capitalista”. El profesor Immerman, al criticar a Dulles por impulsar “la santidad” de la Doctrina Monroe y enfatizar los diversos vínculos entre la UFC y Washington, sostiene que la única oposición contra Árbenz se encontraba entre los “grandes terratenientes”, y cita a Roy Rubottom, asistente del secretario de Estado, cuando dijo que en la Conferencia de Caracas se había alcanzado el peor momento en las relaciones de EU con Latinoamérica en la época de Eisenhower. Por último, para él el apoyo estadounidense a Castillo Armas había sido un error gravísimo que había contribuido a que Castro se apoderase de Cuba. Véase Schlesinger y Kinzer, *Bitter Fruit*, pp. 13, 22, 106-107; e Immerman, *CIA*, pp. 7, 10, 124-125, 148-149, 184, 187, 198-200, y el capítulo 5.

² Schlesinger y Kinzer, *Bitter Fruit*, pp. 17, 111, 113, 174, 191-192, 205; Immerman, *CIA*, pp. 3-4, 85, 161-162, 164, 166-168, 174-175, 186; Stephen G. Rabe, *Eisenhower and Latin America: The Foreign Policy of Anticommunism* (Chapel Hill, 1988), p. 56; Stephen E. Ambrose, *Eisenhower the President* (Nueva York, 1984), pp. 194-196. Hay una serie de inconsistencias en la literatura revisionista que se basa sobre todo en relatos de la CIA —cuyo acceso es restringido— y que sigue la línea de los partidarios del gobierno de Árbenz. Schlesinger y Kinzer sostienen, por ejemplo, que la fuerza aérea de Árbenz sumaba un gran total de seis aviones de entrenamiento, uno de los cuales fue derribado, junto con un bombardero anticuado que fue destruido en el suelo. Uno se pregunta ¿por qué tendría seis aviones de entrenamiento una fuerza aérea sin aviones de combate? Además, Immerman sostiene que estos mismos aviones tenían capacidad para interceptar los bombarderos de Castillo Armas. Según el relato de Immerman, Árbenz dejó en tierra su fuerza aérea cuando un piloto desertor empezó a transmitir por la radio un llamado a la desertión. Immerman sigue entonces la línea de Phillips, un operativo desilusionado de la CIA que ayudó a conducir la campaña radiofónica de Castillo Armas y quien sostiene haber empleado alcohol y una grabadora escondida para engañar a un descuidado desertor con el fin de transmitir un llamado a sus compañeros pilotos a que lo siguieran. Véase *Night Watch*, p. 44. Véase también *ibid.*, pp. 36, 42, 46-50, 52-54. A la vez, Phillips revela una sorprendente ignorancia sobre lo que los propios guatemaltecos hacían por emprender su propia guerra. Si Phillips está en lo cierto, la CIA le dijo a Eisenhower que Castillo Armas había perdido un solo hombre en la invasión. Véase *Night Watch*, p. 50. En comparación con la interpretación Phillips-Immerman, Schlesinger y Kinzer sostienen que Árbenz prescindió de la campaña por aire cuando le derribaron uno de sus aviones. Las dos versiones difieren también en el número de pilotos que desertaron y sobre cuáles poblados tomó Castillo Armas. Schlesinger y Kinzer mencionan Esquipulas, Florido, Jocotlán, Morales, Bañanera y Chiquimula, mientras que Immerman sólo menciona a Esquipulas, y aunque ambos relatos conceden que hasta 17 vidas se perdieron en una sola batalla, Immerman nunca identifica la batalla en cuestión y ninguna de las dos obras describe algo sobre ésta. Véase Schlesinger y Kinzer, *Bitter Fruit*, pp. 10, 16-17, 169, 182 y 192; e Immerman, *CIA*, pp. 3, 161, 167-168, 177. La única relación que se consigue actualmente y que describe exacta y cabalmente lo que ocurrió en Guatemala durante el Movimiento de Liberación de 1954 está en Amy Elizabeth Jensen, *Guatemala: A Historical Survey* (Nueva York, 1955). Por desgracia, la versión de Jensen no tiene un respaldo documental.

³ Luis Alberto Hurtado Aguilar, *Así se gestó la liberación* (Guatemala, 1956), p. 184; Guillermo Putzeys Rojas, *Así se hizo la liberación: década de la lucha cívica, 1944-1954* (Guatemala, 1976), p. 51; Virgilio Pa-

checo en entrevista con el autor, 1 de enero de 1988, Esquipulas. Castillo Armas renunció a su cargo como comandante de la Cuarta Zona Militar en protesta por el asesinato de Arana. Tras dirigir un fracasado golpe de estado en 1950, fue hecho prisionero por las fuerzas de Árbenz, torturado y sentenciado a muerte, tras lo cual se fugó dramáticamente y atrapó la imaginación popular. Cuando los exiliados guatemaltecos cruzaron en armas la frontera en 1954, no era la primera vez, pues del mismo modo había sido expulsado Federico Ponce Vaides, el dirigente del gobierno interino que siguió a la renuncia de Ubico en julio de 1944. Las fuerzas de oposición, dirigidas por Árbenz y Arana, invadieron Guatemala provenientes de El Salvador. Así también había tomado Fidel Castro el poder en Cuba, al lanzar su invasión desde México. Véase Schlesinger y Kunizer, *Bitter Fruit*, pp. 42-45, 123; y Castillo Armas, "How Guatemala Got Rid of the Communists", *American Mercury*, 80 (enero, 1955), pp. 140-141, testimonio oficial ante el Congreso. El relato de Putzeys Rojas de la liberación es una versión posterior a la de Hurtado Aguilar en *Así se gestó*. Ambas versiones tienen 200 páginas de extensión, mapas detallados de las batallas y un impresionante respaldo estadístico. Y ninguna ha sido desmentida por los arbenzistas —como César Augusto Silva Girón, quien en 1977 publicó una historia militar.

⁴ Se interceptaron y destruyeron convoys armados que iban de la ciudad de Guatemala a Zacapa y de Zacapa a Puerto Barrios. Véase *New York Times*, 5 de julio de 1954; *New York Herald Tribune*, 26 de junio de 1954; Comisión Permanente del Primer Congreso Contra la Intervención Soviética en América Latina, *El libro negro del comunismo en Guatemala* (México, 1954), pp. 6-7 (en adelante *Libro negro*); entrevista con Pacheco; Thomas y Marjorie Melville, *Guatemala-Another Vietnam?* (Nueva York, 1971), p. 105; Jensen, *Guatemala*, p. 219; Gregorio Selzer, *El Guatemalazo: la primera guerra sucia* (Buenos Aires, 1961), pp. 102-103; Hurtado Aguilar, *Así se gestó*, pp. 184, 192; Putzeys Rojas, *Así se hizo*, pp. 39, 54, 184, 199, 213; Schlesinger y Kinzer, *Bitter Fruit*, p. 16; Dwight D. Eisenhower, *Mandate for Change, 1953-1956* (Garden City, 1963), p. 425; *El Espectador* (Guatemala), 24 de junio de 1954; y *Tribuna Popular* (Guatemala), 21 de junio de 1954.

⁵ *New York Times*, 5 de julio de 1954; *New York Herald Tribune*, 21 de junio de 1954.

⁶ La toma de Esquipulas, tras cinco horas y la muerte de varios arbenzistas, forzó el retiro de unos 50,000 soldados del ejército del gobierno. El avance de los insurgentes cubrió un amplio paisaje; ocupó Jocotlán, San Esteban, Santa Elena, San Juan Ermita, Quezaltepeque y Lela Chanco, además de ciudades estratégicas como Jutiapa —capital de una provincia al sur de la ciudad de Guatemala en donde se bombardearon las barracas de los militares—, Asunción Mita —en la carretera Panamericana—, Gualán, Morales y Bañanera.

Árbenz recuperó parte de este terreno y pudo conservar Puerto Barrios después de lo que su estación de radio describió como "una fuerte batalla" que diseminó a una ciudadanía en armas en contra del conjunto de sicarios local y 800 refuerzos regulares con artillería y apoyo aéreo. Se reportaron levantamientos populares en San José, en la costa del Pacífico, así como en las capitales de provincia de Retalhuleu, Quetzaltenango y Zacapa. Véase *Tribuna Popular*, 21 de junio de 1954; Jensen, *Guatemala*, pp. 221, 225, 227-228; *New York Herald Tribune*, 21 de junio de 1954; y Allen Dulles a Dwight Eisenhower, 20 de junio de 1954, Departamento de Estado de EU, *Foreign Relations of the United States, 1952-1954* (Washington, 1983), 4, p. 1176 (en adelante *FRUS*, con los números del año y del volumen). Véase también Schlesinger y Kinzer, *Bitter Fruit*, p. 17, un ejemplo de lo que se dice del hecho de que Castillo Armas nunca avanzara más allá de la frontera.

⁷ Se necesitaron 74 soldados para capturar las colinas en las inmediaciones de Vado Hondo. Es interesante notar que una de las versiones publicadas dedica 30 páginas completas a la descripción detallada de cómo se ganó Vado Hondo. Véase *El Espectador*, 9 de julio de 1954; Hurtado Aguilar, *Así se gestó*, pp. 185, 195; César Augusto Silva Girón, *La batalla de Gualán* (Guatemala, 1977), p. 114; entrevista con Pacheco; *Libro negro*, pp. 202-203; *New York Times*, 5 de julio de 1954; *New York Herald Tribune*, 26 de junio de 1954; Putzeys Rojas, *Así se hizo*, pp. 87, 185-214, 274, 296; Jensen, *Guatemala*, pp. 229-230; y *Prensa Libre*, 26 de junio de 1954, Guatemala. Otras campañas, si bien no tuvieron la misma escala o la misma intensidad, fueron bastante más significativas. Itala fue atacada por 180 hombres en formación convencional de tres columnas y la batalla crucial por Gualán fue tema del extenso libro de Silva Girón, el comandante arbenzista que organizó su defensa. Como es típico, Silva Girón no aparece en las actuales bibliografías. Otros puntos estratégicos, tomados con la ayuda de pesado equipo militar, incluyen a Ocotepeque con 29 cargas de mula de equipo, incluido un cañón de 20 mm y tres armas antiaéreas, y El Florido, con artillería pesada, 47 morteros y un ataque que culminó en un violento asalto que duró 15 minutos. En San Esteban se reportó la resistencia decidida de un pequeño grupo de las fuerzas de Árbenz e hizo falta una cruenta lucha para ocupar los puestos de Shup y Comotán —en donde se capturó a un gran número de dirigentes comunistas—. Véase *El Espectador*, 9 de julio de 1954; Putzeys Rojas, *Así se hizo*, pp. 61-64, 83, 172, 182, 219, 226; y Silva Girón, *Gualán*. Había 800 soldados de tropa del gobierno acuartelados en Ipala. Véase Putzeys Rojas, *Así se hizo*, p. 291.

⁸ En Chiquimula, la Cruz Roja encontró que funcionaba normalmente y que no necesitaba ayuda. Véase Peurifoy a John Foster Dulles (en adelante JFD), 27 de junio de 1954, *FRUS, 1952-1954*, 4, p. 1189; Jensen, *Guatemala*, pp. 223, 229; *New York Times*, 5 de julio de

1954; *New York Herald Tribune*, 4 de julio de 1954; Hurtado Aguilar, *Así se gestó*, pp. 185, 195; Putzeys Rojas, *Así se hizo*, pp. 292-293; *El Imparcial*, 8, 10 y 14 de julio de 1954; *El Espectador*, 6 y 9 de julio y 29 de junio de 1954. La armería de Zacapa era la más grande del país, en donde se encontraba la mayor parte de su artillería. Véase Putzeys Rojas, *Así se hizo*, p. 293. Según Jansen, Castillo Armas pudo reclamar para sí tres provincias: Chiquimula, Izabal y Zacapa. Arbenz, por su parte, anticipó un asalto directo a la ciudad de Guatemala y ordenó la evacuación de todos los pacientes de consulta externa del Hospital General. Su hospital militar también estaba preparado para recibir a los heridos, además de a los 300 provenientes de la batalla de Zacapa. De no haberse firmado el cese al fuego, hubiera crecido considerablemente el número de muertos y heridos, calculado por alguien en alrededor de 4,000. De hecho, algunos de los oficiales de Castillo Armas querían pelear y hasta obtener la rendición incondicional. Véase Jansen, *Guatemala*, pp. 223, 229, 234. Lo sorprendente sobre las fuentes que más ilustran la historia militar del Movimiento de Liberación es que hay un acuerdo implícito entre ellas. Las historias orales, las historias oficiales y los principales periódicos tanto en Guatemala como en Estados Unidos—durante y después del Movimiento de Liberación—, por no mencionar las memorias de participantes como Silva Girón, todas concuerdan en el boceto general del relato.

⁹ Entrevista con Pacheco. El administrador del aeropuerto era sin duda Rodolfo Mendoza Azurdia, jefe en retiro de la fuerza aérea guatemalteca, quien huyó el 4 o 5 de junio en un pequeño avión. Véase Schlesinger y Kinzer, *Bitter Fruit*, pp. 165, 169.

¹⁰ Eisenhower, *Mandate*, p. 425; Schlesinger y Kinzer, *Bitter Fruit*, pp. 9-10, 14, 16-17; Peurifoy al Departamento de Estado, 27 de junio de 1954, *FRUS, 1952-1954*, 4, p. 1188; Allen a Eden, 10 de enero de 1955, Archivos del Servicio Exterior Británico, Record Class FO 371/114184, Public Record Office (PRO), Kew, Inglaterra (en adelante FO 371, con la información de la ficha correspondiente); Jensen, *Guatemala*, p. 229; *Tribuna Popular*, 21 de junio de 1954. Pacheco puede o no estar en lo cierto, pero su versión del acontecimiento tiene mucho más sentido que la de Phillips. Véase la nota 1.

¹¹ Entrevista con el obispo Rodolfo Quezada Toruño (de Zacapa), 1 de enero de 1988, Esquipulas; entrevista con Pacheco; minuta de Chevalier en *British Legation Annual Review for Guatemala*, 1954, enero de 1955, FO 371/114184; Clemente Marroquín Rojas, *La derrota de una batalla* (Guatemala, ¿1956?), pp. 123, 129-134. Para ejemplos de la propaganda de Arbenz en el transcurso de la guerra véase *El Espectador*, 24 de junio de 1954; *Tribuna Popular*, 21 y 23 de junio de 1954; y *El Imparcial*, 19 y 25 de junio de 1954. Aunque se involucraron elementos mercenarios en el fallido asalto a Puerto Barrios, no fue así en el ataque a Gualán. Véase Marroquín Rojas, *La derrota de una batalla*, p. 127; y Hurtado Aguilar, *Así se gestó*, p. 181.

¹² Philip K. Crowe, "Recollections of John Foster Dulles", julio de 1962, caja 2, Dulles Additional Papers, John Foster Dulles Papers, Biblioteca "Seeley G. Mudd", Universidad de Princeton, Nueva Jersey; Schlesinger y Kinzer, *Bitter Fruit*, p. 155; Miguel Ydígoras Fuentes, *My War with Communism* (Englewood Cliffs, 1963), p. 48; Willard L. Beaulac, "The Communist Effort in Guatemala", *Bulletin* 31 del Departamento de Estado de EU (16 de agosto de 1954), pp. 235-236; Hurtado Aguilar, *Así se gestó*, pp. 91-101; John D. Martz, *Communist Infiltration in Guatemala* (Nueva York, 1956), pp. 69-71; Andrew a Eden, 29 de abril de 1954, FO 371/108936.

¹³ Véase Ronald Schneider, *Communism in Guatemala, 1944-1954* (Nueva York, 1959), pp. 304-305; John Holger Petersen, "The Political Role of University Students in Guatemala, 1944-1968", tesis doctoral (Universidad de Pittsburgh, 1969), pp. 107-109, 113-114, 119-120, 127-128, 131, 134, 131-137; y Martz, *Communist Infiltration*, pp. 49-51, 55, 57, 100-101.

¹⁴ Véase, por ejemplo, *El Imparcial*, 1, 3, 7 y 8 de julio de 1954; Julio Adolfo Rey, "Revolution and Liberation: A Review of Recent Literature on the Guatemalan Situation", *Hispanic American Historical Review*, 38 (mayo de 1958), p. 250; entrevista con el hermano Robert Hébert, 1 de enero de 1988, Esquipulas; y Martz, *Communist Infiltration*, pp. 100-101. Véase también Mario Rosenthal, *Guatemala; The Story of an Emergent Latin American Democracy* (Nueva York, 1962); *Libro negro*; y Daniel James, *Red Design for the Americas: Guatemalan Prelude* (Nueva York, 1954), pp. 264-280. Una lista con cientos de personas que dijeron haber sido torturadas por la policía de Arbenz en Hurtado Aguilar, *Así se gestó*, pp. 33 y ss.

¹⁵ Entrevista con Hébert; entrevista con el obispo Rodolfo; Nathan Whetten, *Guatemala: The Land and the People* (New Heaven, 1961), pp. 154, 156-162, 165-166; Martz, *Communist Infiltration*, pp. 112-115; Schneider, *Communism*, p. 314; David S. Stern, "Agrarian Reform Law", *American Journal of Comparative Law*, 2 (primavera de 1953), pp. 235-238; Theodore Geiger, *Communism versus Progress in Guatemala* (Washington, 1953), pp. 46-47; Adolfo Rey, "Revolution", p. 254; Thomas and Marjorie Melville, *Guatemala: The Politics of Land Ownership* (Nueva York, 1971), pp. 53-55, 58, 67-68. Debe señalarse que los Melville fueron proarbenzistas y que ambos trabajaron junto a los guatemaltecos en favor del éxito del programa de la reforma agraria. Para otra visión positiva de la reforma agraria de Arbenz, pero nuevamente una que la cita como el factor que "crió una inquietud sustancial y que fue decisiva en la inspiración de una revuelta armada", véase Jim Handy, "The Most Precious Fruit of the Revolution": The Guatemalan Agrarian Reform, 1952-54", *Hispanic American Historical Review*, 68 (noviembre de 1988), p. 676. Según Whetten, muchas de las tierras que se distribuyeron entre los campesinos ni siquiera se midieron. Muchas veces, el recipiario no sabía lo que

recibía ni el terrateniente lo que le quitaban, lo cual resultó en mayor confusión y desorden. Véase *Guatemala*, p. 162.

¹⁶ Costa Rica, que estuvo a punto de sucumbir a un golpe comunista en 1947, expulsó al embajador de Guatemala por participar como orador en una manifestación comunista. Honduras experimentó una huelga, la peor en su historia, en un área en la que tres cónsules de Guatemala habían sido declarados *persona non grata*. Para el mes de junio de 1954, Nicaragua, República Dominicana, Perú y Venezuela habían roto relaciones diplomáticas con Guatemala, y Haití declaró *persona non grata* al enviado guatemalteco. La operación clandestina que Truman respaldó antes de su cambio de política fue orquestada por Somoza y fue él de nuevo quien aceptó darle a Castillo Armas dos bombarderos si Estados Unidos se los cambiaba. Nicaragua, por su parte, ofreció armas y bases. En pocas palabras, la CIA y el Departamento de Estado de EU tenían buenas razones para creer que los vecinos de Guatemala estaban lo suficientemente ansiosos por montar una invasión con o sin el apoyo estadounidense, una postura compartida por Betancourt en Venezuela. El liberal José (Pepe) Figueres, presidente de Costa Rica, presionó secretamente en favor de una línea dura en Washington. De hecho, se esperaba que cuando Dulles llevara su caso a la OEA, podría ganar con 16 de los 17 votos, con Brasil al frente. Véase Schneider, *Communism*, pp. 297-299; Ydígoras Fuentes, *Communism*, p. 8; JFD a las oficinas diplomáticas de EU en las repúblicas americanas, 20 de mayo de 1954, y la discusión entre los funcionarios del departamento de Estado de EU y los jefes de Estado, 21 de mayo de 1954, *FRUS, 1952-1954*, 4, pp. 1117-1119; Informe Anual para Honduras, 1954, FO 371/114215; Andrew a Eden, 2 de junio de 1954, FO 371/108939; minuta sobre Andrew a la FO, 11 de enero de 1954, FO 371/108936; John E. Peurifoy, "The Communist Conspiracy in Guatemala", *Bulletin* 31 (8 de noviembre de 1954) del Departamento de Estado de EUA, p. 694; memorándum de la conferencia con DDE en la Casa Blanca, 22 de mayo de 1954, caja 1, White House Memoranda Series, Dwight D. Eisenhower Papers, Biblioteca Dwight D. Eisenhower, Abilene, Kansas; Spruille Braden, *Diplomats and Demagogues* (New Rochelle, 1971), pp. 410-411; Schlesinger y Kinzer, *Bitter Fruit*, pp. 102, 124-125; Jean-François Revel, *How Democracies Perish* (Garden City, 1984), p. 322; Beatrice Bishop Berle y Travis Beal Jacobs (eds.), *Navigating the Rapids, 1918-1971: From the Papers of Adolf A. Berle* (Nueva York, 1973), pp. 616-618; y memorando de la reunión de la NSC, 27 de mayo de 1954, y Hill a Peurifoy, 30 de mayo de 1954, *FRUS, 1952-1954*, 4, pp. 1133-1134, 1152-1153.

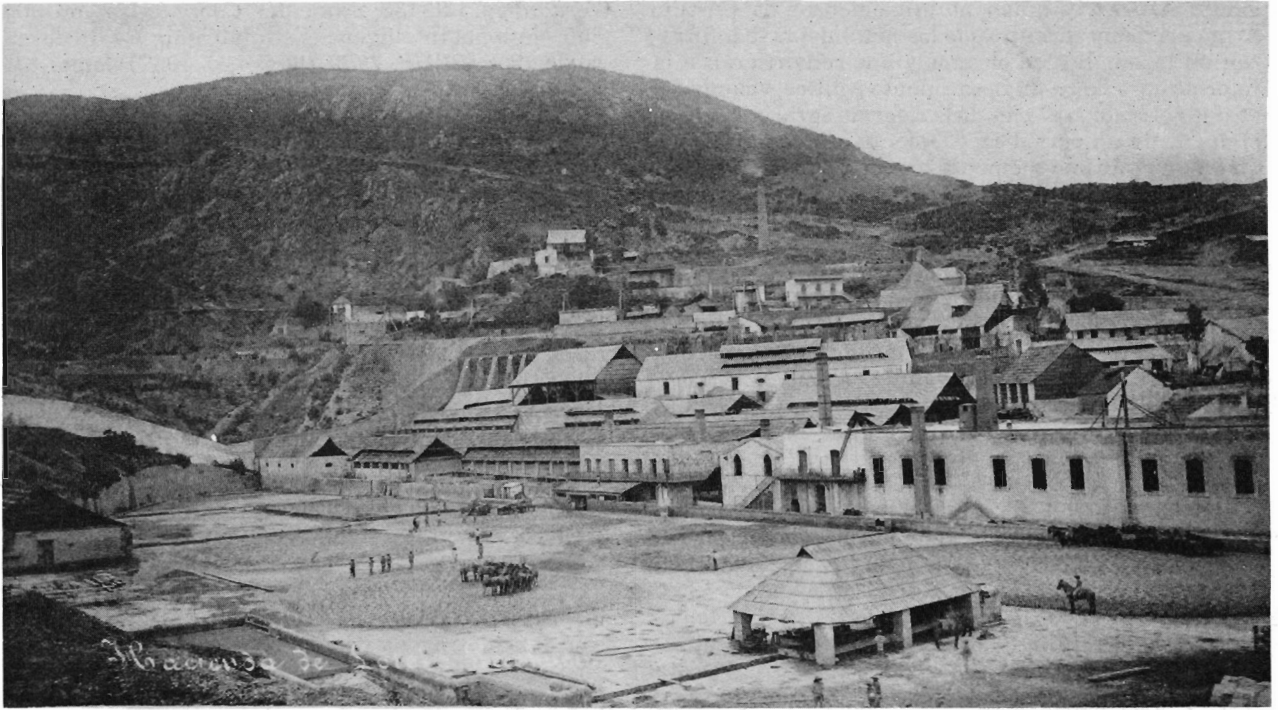
¹⁷ Izquierda y derecha estuvieron de acuerdo en que Arévalo era popular y capaz y que él había triunfado en la primera elección genuinamente democrática en la historia de Guatemala. Pero también es una creencia generalizada que él permitió que los comunistas toma-

ran el control y se le criticó severamente por no asegurar una elección limpia en 1950, el año de su salida. Subsecuentemente, Ydígoras aguardó la vindicación en El Salvador desde donde dio su bendición a Castillo Armas. Que el popular y conservador Arana fuese asesinado por agentes de Arévalo-Árbenz siempre lo negaron Arévalo y Árbenz. Sin embargo, hasta escritores liberales como Carlos Samayoa Chinchilla y Mario Efraín Nájera Farfán coincidían en la culpabilidad de la izquierda. Nájera Farfán, dirigente del Partido Renovación Nacional, invitó a Arévalo a volver de Argentina en 1944 para que pudiera contender por la presidencia. Debe señalarse que Samayoa Chinchilla dirigió la Biblioteca Nacional durante los gobiernos revolucionarios de Arévalo y Árbenz. Véase Castillo Armas, "Guatemala", pp. 140-141; y *New York Herald Tribune*, 22 de junio de 1954. Véase también Schlesinger y Kinzer, *Bitter Fruit*, pp. 124-125; Ydígoras Fuentes, *Communism*, pp. 39, 45-47, 51; Adolfo Rey, "Revolution", pp. 251-253; y Schneider, *Communism*, p. 303.

¹⁸ Berle y Jacobs (eds.), *Berle*, p. 617; Ambrose, *Eisenhower*, p. 192; *New York Times*, 1 de septiembre de 1953; RG25G2, expediente 5451-40, Relaciones entre EU-Guatemala, Departamento de Relaciones Exteriores, Ottawa, Canadá (en adelante RG25G2, con la información de catalogación). Para ejemplos de literatura que detallan el grado de la infiltración comunista véase James, *Red Design for the Americas*; y Adolfo Rey, "Revolution", pp. 240-241, 247, 251, 253. *El libro negro* pretende ofrecer una lista alfabética de nombres, lugar de nacimiento y ocupación de todos los comunistas en Guatemala hasta el 27 de junio de 1954. Véase Hurtado Aguilar, *Así se gestó*, pp. 21-32, 75-85; *Libro negro*, p. 99; y Jorge del Valle Matheu, *La verdad sobre el "Caso de Guatemala"*, s/f, s/e, pp. 132-150. Del Valle Matheu fue secretario de Educación de Castillo Armas.

¹⁹ Stephen E. Ambrose, *Ike's Spies: Eisenhower and the Espionage Establishment* (Garden City, 1981), p. 220; Castillo Armas, "Guatemala", pp. 138-139; Schneider, *Communism*, p. 304; Melville y Melville, *Land Ownership*, p. 69; Boletín del Departamento de Estado de EUA, 31 de enero de 1954, en *The Eisenhower Administration, 1955-1961: A Documentary History*, editado por Robert L. Branyan y Lawrence H. Larsen (Nueva York, 1971), p. 310; "Guatemala File", caja 62, Allen Dulles Papers, Biblioteca Mudd; Beaulac, "Communist Efforts", p. 235; National Intelligence Estimate núm. 84, 19 de mayo de 1953, memorándum de Fisher, 19 de abril de 1954, y JFD a ciertos funcionarios diplomáticos, 28 de mayo de 1954, *FRUS, 1952-1954*, 4, pp. 1066, 1099-1100, 1137; *Times* (Londres), 30 de agosto de 1954, RG25G2, expediente 5451; Geiger, *Communism*, pp. 1, 13-14, 17-18, 21-22; Schlesinger y Kinzer, *Bitter Fruit*, p. 51; "The Guatemalan Communist Party", *Bulletin* 31 (16 de agosto de 1954) del Departamento de Estado de EUA, pp. 238-239.

²⁰ Según Raúl Osegueda, quien encabezara las secretarías de Educación y de Relaciones Exteriores con Aré-



valo y Árbenz, y quien no era defensor de Castillo Armas, Árbenz permitió que los comunistas se infiltraran en los sindicatos obreros y que convirtieran a la reforma agraria en un instrumento político, violando el código del trabajo y la ley de la reforma agraria. Y según el dueño de un periódico, Clemente Marroquín Rojas, quien en el último momento apoyó a Árbenz para desengañarse al poco tiempo, éste permitió a los comunistas apoderarse de su gobierno con la abierta intención de destruir los negocios estadounidenses. Véase Adolfo Rey, "Revolution", p. 247. Véase también Martz, *Guatemala*, p. 67; Schlesinger y Kinzer, *Bitter Fruit*, pp. 137, 142; Berle y Jacobs (eds.), *Berle*, pp. 610-611; Boletín de Prensa del Departamento de Estado de EUA, 31 de enero de 1954, y Branyan y Larsen (eds.), *Eisenhower*, p. 310; "Guatemala File", caja 62, Allen Dulles Papers; Conferencia de Prensa de JFD, 25 de mayo de 1954, Boletín de Prensa del Departamento de Estado de EUA, núm. 279, caja 81, John Foster Dulles Papers; "The Guatemalan Communist Party", *Bulletin* 31 (16 de agosto de 1954) del Departamento de Estado de EUA, pp. 238-239; Peurifoy, "Guatemala", p. 692; National Intelligence Estimate núm. 84, 19 de mayo de 1953, *FRUS, 1952-1954*, 4, p. 1066; Allen a Eden, 10 de enero de 1955, FO 371/114184; Geiger, *Communism*, pp. 21-22; Del Valle Matheu, *Verdad*, pp. 137-138; entrevista con Hébert; entrevista con Pacheco; y *El Rebelde* (Guatemala), 1 de diciembre de 1953. Cuando algunos congresistas objetaron el minuto de silencio y trataron de hablar mal de Stalin, se les abucheo y aplacó. Véase Martz, *Guatemala*, p. 59.

²¹ Hurtado Aguilar, *Así se gestó*, pp. 133-175; entrevista con Pacheco.

²² Las minutas de Pridham sobre el Boletín del Departamento de Estado de EUA del 28 de agosto de 1954, FO 371/108945; minutas sobre la legación británica (Guatemala), *Annual Review* de 1954, 19 y 27 de enero de 1955, Allen a Eden, 10 de enero de 1955, FO 371/114184; embajada británica (Quito) a FO, 18 de febrero de 1954, FO 371/108739; embajada británica (Montevideo) a Eden, 2 de abril de 1954; Urquhart a Eden, 14 de mayo de 1954, FO 371/108740; *1953 Annual Review for Argentina*, FO 371/114018; *1954 Annual Review for Chile*, FO 371/114109; *1954 Annual Review for Costa Rica*, FO 371/114300; *Times* (Londres), 30 de agosto de 1954, RG25G2, expediente 5451-40. Para el antiamericanismo entre los británicos véase Lord Moran, *Churchill: Taken from the Diaries of Lord Moran, 1940-1965* (Boston, 1965), pp. 602-604.

²³ Allen a Eden, 10 de enero de 1955, FO 371/114184; memorándum de Depocas, 20 de agosto de 1954, RG25G2, expediente 5451-40; Marroquín Rojas, *La derrota de una batalla*, pp. 94-95. Según Virgilio Pacheco, los guatemaltecos aportaron unos 200,000 dólares, cantidad relativamente grande. Entrevista con Pacheco.

²⁴ Berle y Jacobs (eds.), *Berle*, p. 610; Schlesinger y Kinzer, *Bitter Fruit*, pp. 127-128; Del Valle Matheu,

Verdad, pp. 136-138; Schneider, *Communism*, pp. 304-305; National Intelligence Estimate núm. 84, 19 de mayo de 1953, *FRUS, 1952-1954*, 4, p. 1067; Geiger, *Communism*, p. 27.

²⁵ "Guatemala File", caja 62, Allen Dulles Papers; Schlesinger y Kinzer, *Bitter Fruit*, pp. 164-165; Schneider, *Communism*, pp. 313-317; Martz, *Guatemala*, p. 107; *Prensa Libre*, 8 de julio de 1954.

²⁶ Peurifoy al Departamento de Estado de EUA, 28 de junio de 1954, *FRUS, 1952-1954*, 4, pp. 1192-1194; Jensen, *Guatemala*, p. 231; *New York Herald Tribune*, 30 de junio de 1954.

²⁷ Minutas de la reunión del Departamento de Estado de EUA, 8 de agosto de 1954, *FRUS, 1952-1954*, 4, pp. 1218-1219. Véase también Schlesinger y Kinzer, *Bitter Fruit*, pp. 214-216.

²⁸ Robert Murphy, *Diplomat among Warriors* (Garden City, 1964), p. 371; Eisenhower, *Mandate*, pp. 424-425; Ambrose, *Ike's Spies*, p. 230; Boletín de Prensa del Departamento de Estado de EUA, 25 de mayo de 1954, y Mensaje de JFD por Radio y TV, 30 de junio de 1954, en Branyan y Larsen (eds.), *Eisenhower*, pp. 311, 314-315; memorándum de la conversación JFD-DDE, 22 de mayo de 1954, Series de Memoranda de la Casa Blanca, caja 1; Schlesinger y Kinzer, *Bitter Fruit*, pp. 132, 146, 155, 160-163; Ambrose, *Eisenhower*, p. 195; Peurifoy, "Guatemala", p. 694; JFD a ciertos funcionarios de relaciones exteriores, 28 de mayo de 1954, *FRUS, 1952-1954*, 4, p. 1138.

²⁹ Eisenhower, *Mandate*, p. 426; entrevista con Pacheco; Robert Cutler, *No Time for Rest*, p. 370; Schlesinger y Kinzer, *Bitter Fruit*, pp. 113-117, 150, 160, 189, 209; Ambrose, *Eisenhower*, p. 195; Informe de USIA, 27 de julio de 1954, *FRUS, 1952-1954*, 4, p. 1215; *Prensa Libre*, 5 de julio de 1954. Véase también *FRUS, 1952-1954*, 4, p. 1177n.

³⁰ Schlesinger y Kinzer, *Bitter Fruit*, p. 15; conversación telefónica de Holland-Peurifoy, 29 de junio de 1954, Peurifoy al Departamento de Estado de EUA, 29 de junio y 7 de julio de 1954, *FRUS, 1952-1954*, 4, pp. 1195, 1197, 1202-1205. Según Ydígoras, Peurifoy exageró su propio papel. Lo que intentó (y no logró) hacer fue subsumir a Castillo Armas en el resto de la dirigencia militar. Véase Ydígoras, *Communism*, p. 54. También hay que señalar que bien pudo ser Castillo Armas, más que la CIA, quien tuvo la idea de crear la ilusión de una fuerza mayor por medio del empleo reiterado de pequeños aviones y de transmisiones radiofónicas. Véase Allen Dulles a DDE, 20 de junio de 1954, *FRUS, 1952-1954*, 4, p. 1176.

³¹ Peurifoy al Departamento de Estado de EUA, 24 de mayo de 1954, *FRUS, 1952-1954*, 4, p. 1128. Véase también las fuentes que se citan en la nota 2.

³² Schlesinger y Kinzer, *Bitter Fruit*, pp. 106-107.

³³ *Ibid.*, pp. 12, 71; Beaulac, "Communist Effort", p. 236; *New York Times*, 1 de septiembre de 1953; Geiger, *Communism*, p. 45; Martz, *Guatemala*, pp. 78-79, 84-85.

³⁴ Tras vender sus propiedades guatemaltecas a Del Monte, la UFC se fusionó con United Brands. El plan de Berle, para marzo de 1953, era apoyar a un grupo re-

belde asentado en Nicaragua. Véase Berle y Jacobs (eds.), *Berle*, pp. 617-618; y Schlesinger y Kinzer, *Bitter Fruit*, pp. 102-104, 221, 224, 229.

Los indicios no funcionaron: comentario a “La CIA y Castillo Armas en Guatemala”

Stephen G. Rabe

Frederick Marks sostiene que los académicos han sobrevalorado el papel de Estados Unidos y de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) al explicar el derrocamiento del gobierno del guatemalteco Jacobo Árbenz Guzmán. En lugar de eso, el autor ve una rebelión popular anticomunista en la que el Ejército de Liberación del coronel Carlos Castillo Armas derrota a las fuerzas de Árbenz. Marks admite que la CIA se metió en Guatemala pero especula acerca de que “el preciso valor de la ayuda estadounidense para garantizar el éxito de la revolución tal vez nunca se sepa”. Sin embargo, a fin de cuentas, Marks está de acuerdo con el funcionario del Consejo de Seguridad Nacional, Robert Cutler, en cuanto a que la ayuda estadounidense fue “indirecta” y “muy menor”.

El autor polemiza directamente con los historiadores “que siguen la línea de Árbenz” al conferirle a la CIA la responsabilidad central del *golpe de estado*. En particular, Marks critica los influyentes estudios de Richard Immerman y

Stephen Kinzer, publicados en la década de los ochenta. Curiosamente, Marks no cita las obras de Blanche Wiesen Cook y Bryce Wood.¹ Estos académicos también concluyen que Estados Unidos desestabilizó al gobierno de Árbenz. En buena medida, Marks critica a los historiadores, como Stephen Ambrose y yo, que se han basado en estos cuatro libros al analizar la política exterior de la administración de Eisenhower.

Hay que reconcerle a Marks que se haya concentrado en la dinámica interior de la revolución guatemalteca. Al analizar las relaciones interamericanas, los académicos deben tener el cuidado de no retratar a Latinoamérica como el objeto de la política exterior de EUA. Pero si Marks quiere respaldar su tesis, está obligado a confrontar los materiales de fuentes primarias que contradicen su argumento. Marks no puede ignorar las evidencias incómodas. El artículo está plagado de errores de interpretación y se basa en fuentes cuestionables.²

Este comentario se concentra en los princi-